

# María Carmen Jaime Santamaría



Mi infancia no son recuerdos de un patio de Sevilla ni había un huerto donde maduraba el limonero. Los de Antonio Machado si lo eran. Como él también conservo algún recuerdo que me gustaría olvidar. En esa ciudad mágica de sus recuerdos de infancia es donde resido actualmente.

Nací en un pueblo del pre-Pirineo aragonés de la provincia de Huesca en la comarca del Somontano de buenos vinos. Barbastro.

Mi padre, militar, estaba destinado en el cuartel General Ricardos en el Regimiento de Cazadores de Montaña. Durante la guerra había estado preso en el convento de las Capu-

chinas de Barbastro y, según contaba mi madre, tan mal lo pasó que pidió que si se perdía no lo buscaran en Barbastro. Pero la vida tiene su destino firmado ante notario. Allí nacieron sus tres hijas, allí murió y allí está reposando en el cementerio junto a mi madre.

En la madrugada del 29 al 30 de agosto de 1953, una angina de pecho fulminante se lo llevó de nuestro lado para siempre con 43 años. Yo lo vi morir con tan solo 6 años.

Nadie se dio cuenta de que estaba siendo testigo de sus últimas palabras que mi madre oyó entre lágrimas.

Consecuencia de aquella trágica madrugada quedó una viuda con 31 años y tres hijas huérfanas de padre con 6 y 4 años y un bebé de 6 meses.

A los dos años de su muerte, la mayor de ellas, yo, ingresé en el colegio de María Cristina en Aranjuez. Mi primera impresión fue un caserón enorme con una puerta de madera también enorme y un baldaquino de cristales sujetado por dos lanzas. En el salón de visitas quedé sola con mi maletita de cuadros azules y amarillos mientras mi madre entre suspiros y lágrimas se iba para cuidar de mis otras dos hermanas.

Me asignaron una «hermana mayor» que me ayudaría a instalarme y ayudarme al principio con mi aseo personal y normas del colegio. Se llamaba Mari Cruz Oronoz y conservo un recuerdo precioso de ella.

Allí estudié hasta Preuniversitario. Hasta que cumplí 15 años no fui de vacaciones de Navidad a mi casa. Las pasé en el colegio junto a otras niñas en mi misma situación. La mayoría por cuestiones económicas. Nuestros padres se llevaron también la llave de la despensa. Mi hermana Naty también estaba allí conmigo y nuestra alegría era grande al recibir el paquete donde mamá nos enviaba los dulces navideños que no podíamos disfrutar en casa. Cuando M<sup>a</sup> José, la más pequeña, ingresó en el colegio ya fuimos en Navidad las tres a casa.

Repetí cuarto de Bachiller y en ese curso conocí la verdadera amistad. Fueron todas amigas los cursos, 4<sup>o</sup>, 5<sup>o</sup>, 6<sup>o</sup>, y Preu pero éramos cuatro las que siempre estábamos juntas. Juncal Andrió, que nos dejó hace unos años, Lola Castillejo, Isabel M<sup>a</sup> Espejo y yo. Cuantas alegrías, cuantas penas, muchas confidencias de adolescentes. Gracias amigas por estar allí en horas difíciles.

También Mari Luchy Pou fue una de mis mejores amigas. Risas sin fin con ella.

Recuerdo con cariño a la Madre Ana María nuestra directora teatral que siempre tenía un papel para mí en la obras de teatro que representábamos. A la Madre Sofía siempre amiga y confidente, a Sister por su bondad, a la Madre Natividad por lo bien que enseñaba historia. A

la Madre Helena por su saber en Arte que no logré nunca llegar a esbozar. A la Madre Magdalena, sería pero justa.

Solamente tengo un mal recuerdo de una de ellas. Por respeto, ya que descansa, espero, en la Paz de Señor, prescindo de su nombre, aunque las mentes de mis compañeras rápidamente sabrán a quien me refiero.

Al salir del colegio pasé por la Residencia Pio XII en Madrid solamente durante un año. Mi pésima decisión al elegir la carrera me llevó a volver durante un año al colegio donde hice un Secretariado exprés con la Madre Carmen de Jesús.

Trabajé un tiempo en Barbastro y me casé con mi compañero de vida, Tomás. Tenemos dos hijos uno madrileño y otra sevillana. Dos nietos sevillanos bautizados en Santa Ana, en pleno barrio de Triana.

Mi vida después de casada ha transcurrido entre Madrid, Mérida, Zúrich y Sevilla donde desde al año 73 resido. La ciudad me acoge desde ese año, he hecho maravillosas amistades, me gusta su Semana Santa, la Feria y pasear por sus calles sobre todo cuando hay azañar. En verano tengo que huir del calor infernal y me refugio en Estepona mi segunda casa.

No he faltado a ningún día del Pínfano desde que por nuestra querida Loli Izaga lo descubrí. El reencuentro con todas mis compañeras es el momento esperado durante todo el año. Conservo la amistad, me nutro de ella, todas tenemos el mismo pasado en común, la muerte prematura de nuestros padres, y eso nos ha unido en las alegrías y en las penas. Les doy las gracias a todas y cada una por mantener viva esa llama.

Desde hace unos años soy Delegada de Andalucía, Ceuta, Melilla y Canarias de la Asociación y procuro ayudar en lo que puedo y en lo que me piden.

Algunas veces he pensado que si la parca hubiera estado esa noche de agosto de vacaciones, o en un bar bebiendo chatos de vino, o en un concierto y se hubiera olvidado de mi padre, qué hubiera sido de mi vida. Nunca lo sabré.

Evocando algunos momentos



Lo que sí sé es que como consecuencia de esa noche conocí la verdadera amistad, el compañerismo, aprendí a ser desprendida y a compartir. A ser educada y servicial y a saber que nada ocurre porque sí. Todo tiene un porqué aunque al principio no sepamos verlo.

Gracias a todas esas amigas y los chicos Pífanos que me han brindado su amistad.

*Sevilla, marzo de 2026*